

ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO MONS. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Monseñor Carrasquilla ha muerto. Al borde de su tumba lloran la Patria y la Iglesia, porque ha desaparecido uno de sus hijos más preclaros, una de sus glorias más altas. Por eso doblan tristes las campanas, y el pabellón tricolor está enlutado.

A este duelo—que más que nacional, es de toda la raza latina—se asocia la Congregación Salesiana. Es deber de justicia. Mas no vamos a tejer un elogio ni a escribir una biografía. Ni en breves líneas cabe el recuento de sus méritos egregios, ni el dolor de la hora presente nos permite emprender esta tarea, superior a nuestras fuerzas. Daremos sólo, no pudiendo más, una pálida idea de su vida y de sus obras, Conviene recordarlas. Sea ésta la violeta azul que depositan los Salesianos en la corona fúnebre del amigo incomparable.

Nació el doctor Carrasquilla en 1857. Hijo del insigne poeta, educador y apologista, don Ricardo, y de la dama ejemplar, dechado de esposas y de madres, doña Emilia Ortega, corría por sus venas sangre de próceres: la misma de José María Ortega. Pedro Carrasquilla y Francisco de Paula Vélez, gloriosos luchadores de la guerra magna; la de Mercedes Párraga, a quien llamó Bolívar la «heroína de Venezuela»; la de Ricaurte, «el héroe sin modelo y sin imitadores»; la de Nariño, el precursor de la Independencia. Con el prestigio de su nombre, de su fama y de sus hechos, bien supo Monseñor emular a muchos de sus antepasados, superar a otros, imitar las virtudes de todos ellos, y más que a sí mismo, enaltecer al suelo que lo vio nacer.

Cuando niño, oyó de labios de héroes la relación de nuestras épicas jornadas, con sus luchas y triunfos.

De ellos aprendió el amor a Colombia, amor que en él fue sin medida, que le dictó sus frases más hermosas, sus trozos más patéticos, sus oraciones más sublimes. Ese amor se transparenta en todos sus escritos. El fue también uno de los más entusiastas propagadores de la unión hispanoamericana. Y no sólo amó a su patria grande y a la madre España, sino a la ciudad que arrulló su cuna, y donde trascurrieron los largos años de su existencia. Por no salir de su querida Bogotá rechazó el fastigio de la púrpura, el honor de la mitra,

Bien puede su vida resumirse en estas tres palabras, o mejor dicho, en estos tres afectos, únicos a que rindió culto: Dios, Patria, hogar. A la República y a la Religión dedicó todas sus energías, todas sus fuerzas, todas sus obras; a su familia, lo más íntimo de su alma.

De su padre hablaba siempre con cariñoso respeto, y su recuerdo lo llenaba de emoción profunda. Lo nombraba con los atributos más tiernos: «Único amigo de mi infancia y de mi juventud, mi preceptor, mi maestro». A su madre la amó de una manera especial, imposible de describir. Por no vivir sin ella renunció a grandes dignidades, hizo muchos sacrificios. En cambio, Dios concedió a la virtuosa dama aliviar las dolencias de su larga vejez con los triunfos y fama de su hijo, con los honores que se le tributaron, con el eco de los aplausos que se prodigaban al varón elocuente, y con las bendiciones de los pobres socorridos por él con generosa mano. Para con sus hermanos, sobrinos y parientes, era un verdadero padre, lleno de ternura y solícitos cuidados.

Pero más que a su familia pertenecía Monseñor a la nación, a cuyo engrandecimiento propendió con su consagración a la ciencia y su dilección a la juventud. Desde muy joven, en el Liceo de la Infancia, fundado por su padre, comenzó Monseñor a ejercitar el magis-

terio. De sus labores de educador no hay para qué hablar; basta recordar que los hombres más grandes de la época actual, los mejores poetas contemporáneos, los oradores más disertos, los más eruditos hombres de letras con que hoy cuenta Colombia, se apellidan con orgullo sus discípulos.

En buena hora le confió don Carlos Holguín el rectorado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que puso a la altura de las universidades europeas, y donde por cuarenta años influyó poderosamente en la marcha de la república. Segundo fundador, dictó las nuevas constituciones, conservando el plan y las ideas de Fray Cristóbal, con cuya imagen en bronce obsequió al histórico claustro. En lo material, hizo notabilísimas reformas en el vetusto edificio, y lo dotó de gabinetes, de biblioteca, de revista—una de las mejores de América—y sobre todo, dejó en él el recuerdo imborrable de su altísima sabiduría. Con razón los colegiales agradecidos le erigieron un busto de mármol en vida; y muerto, reclamaron sus despojos. Su pasión por el estudio fue inmensa. De ahí el portentoso desarrollo de su inteligencia, que abarcó todas las ciencias, todos los supremos conocimientos humanos y divinos, antiguos y actuales. Por eso llegó a ser uno de los hombres más sabios del continente, de los exponentes más altos de la cultura latina. Tradicionalista firme, gustaba de lo antiguo sin desechar lo moderno. *Nova et vetera*, fue su lema. Admiraba a los autores de la edad de oro y a nuestros autores clásicos, con quienes llegó a rivalizar, superándolos a veces; y siempre tuvo una voz de aliento, de alabanza, de aplauso para los noveles escritores. Hijo de un literato y poeta, lo fue él también, y en grado sumo. En su niñez conoció y escuchó a los grandes talentos que formaban el *Mosaico*, núcleo de donde surgieron las páginas más bellas en prosa y verso, de

nuestra literatura. A la edad de veintidós años era ya conocido en el mundo de las letras por *La vida de Pío IX*. Después siguió publicando hasta su muerte, en las principales revistas y periódicos, la inmensa serie de artículos, en que se mostró siempre profundo conocedor de nuestro rico idioma, cuyos más recónditos arcanos no ignoraba, y que reunidos, formarían varios volúmenes. Tampoco le fueron desconocidas las lenguas clásicas, ya que sabía a perfección las modernas.

Familiares le eran los autores más célebres de todos los países y de todos los tiempos. Hondo pensador, encerraba sus ideas en períodos llenos de encantadora sencillez y arrebatadora elocuencia, que por su armonía traen a la memoria los párrafos de Cervantes y Granada. El estilo de sus obras es propio *suyo*, inconfundible, como también inimitable. Como filólogo, ahí quedà su estudio sobre la barbarie del lenguaje escolástico, para no decir nada de sus artículos críticos y prólogos admirables, en que se deja ver consumado humanista.

En sus escritos necrológicos y biográficos, pocas pinceladas le bastaban para pintar un carácter, para hacer destacar con vívidos colores la figura de alguno de nuestros varones grandes.

Autor didáctico, escribió muchísimo sobre el difícil arte de educar. Poeta delicado, como se muestra en todo lo que salió de su pluma, hizo fáciles y armoniosos versos, aunque en escaso número. Prefirió siempre la prosa. En sus ratos de ocio, que fueron muy pocos, se dedicó a narrar interesantes y sabrosísimos cuentos, llenos de interés, de originalidad y de castizo donaire.

Como orador sagrado, nadie quizás le supera. Sus sermones, llenos de evangélica doctrina, notables por su unctión, tanto los de la tarde de su vida como los que en la aurora de su sacerdocio pronunció en los púlpitos de Egipto, San Carlos y Hatoviejo, así como las ma-

gistrales conferencias de la catedral, bien pueden colocarse al lado de lo mejor que pronunciaron en la edad antigua el Crisóstomo y Nacianceno, y en tiempos más modernos Fenelón y Lacordaire. Con sus majestuosas oraciones fúnebres, modelos en el género, supo alzarse al nivel de Masillon y de Bossuet, que es decir mucho. Y este fue el género que le distinguió sobremodo.

Orador profano—si así puede llamarse al que antes que todo fue mensajero de la palabra divina—cada uno de los discursos, alocuciones y oraciones gratulatorias que de sus labios se oyeron en festividades y veladas literarias, constituye, como él dijo de los sonetos de Caro, un pasaporte a la inmortalidad. No sin motivo fue elegido director de la Academia Colombiana de la Lengua.

Y no sólo ésta, sino otras varias academias le abrieron sus puertas. Recordamos la de Historia y la de Autores de Colombia, la de Historia de Caracas, la de Ciencias y Letras de Cádiz, y la Real Española. A su seno lo llamaron muchas instituciones científicas, jurídicas, literarias y teológicas del país y del extranjero.

Filósofo insigne, apellidado el Mercier colombiano, acatado en Europa como autoridad, fue uno de los renovadores en nuestra patria de la Escuela tomista, y dejó a la posteridad sus lecciones de metafísica y ética, que por mucho tiempo dictó en el Rosario—obra admirable por su claridad y precisión—y que junto con su ensayo sobre la doctrina liberal, lo colocan al frente de los filósofos de América.

Teólogo profundísimo, por largos años enseñó moral en el Seminario, en donde ocupó también los puestos de Vicerrector y prefecto. Sus conocimientos en esta ciencia, la más alta de todas, le merecieron los títulos de canónigo teologal de la Basílica Primada, examinador sinodal y censor eclesiástico del arzobispado y el

de doctor en sagrada teología por decreto pontificio, raro privilegio a muy pocos hasta ahora concedido.

Conocido y estimado en el exterior tanto como en el continente, por su vasta ilustración y méritos, rindiéronle homenajes los más grandes hombres de Europa y las Américas.

Alfonso XIII, en el real decreto en que dispuso el desagravio de la Madre España a Francisco José de Caldas, hace constar que la causa próxima de ese acto fue el discurso de Monseñor Carrasquilla sobre el sabio Mutis, en la inauguración del busto de este eximio sacerdote gaditano en Bogotá. El rey nombró comendador de Isabel la Católica al que también era caballero de la Orden de San Silvestre Papa.

En 1924 fue invitado por el Perú como huésped de honor a las festividades del centenario de Ayacucho. Allá se le recibió como a un príncipe. La sociedad limeña se esmeró en hacer grata y espléndida la permanencia de Monseñor en esa capital, y el Presidente de la nación peruana le confirió la orden del Sol y la medalla del Centenario. Por orden del mismo Leguía se imprimieron las *cartas de Lima*, en que el delegado de Colombia, que tan bien supo representarla, narró las impresiones de su viaje. Sus discursos en esa ocasión, en esos festejos, fue de lo más brillante que se escuchó entonces.

La Iglesia lo contó siempre como a uno de sus hijos más preclaros. Singulares distinciones—como el título de prelado doméstico—insignes pruebas de cariño—como valiosos autógrafos—le dieron los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y el actual reinante, en diversas ocasiones.

De cuánto fue el amor de Colombia por su hijo, basta recordar la celebración de las Bodas de Plata de su rectorado, acontecimiento nacional; y ahora, los ho-

nores tributados a su memoria, y la pompa con que se le condujo a la tumba. Durante la administración de don Miguel Antonio Caro fue nombrado Ministro de Instrucción Pública, único sacerdote que ha desempeñado ese cargo. Por algo decía el cardenal Vico que si Carrasquilla hubiera vivido en Europa, muy pronto habría obtenido la púrpura cardenalicia!

Pero, más que por tantos méritos y títulos, resalta su figura por sus virtudes y por su santidad. Ante esa virtud absoluta y sin mancha, de que nadie dudaba, y que admiraban todos, se doblaron las pasiones políticas y los ataques de la prensa. Su humildad era profunda. Jamás buscó honores, pero no los rehusó nunca, porque no fueron para él motivo de soberbia ni de orgullo. Caritativo, daba cuanto tenía, y murió en la más absoluta pobreza. Gran caballero, tuvo muchísimos amigos, sin que la vida mundana lo distrajera nunca de sus obligaciones. Sencillo en la vivienda de los pobres, en los salones de la aristocracia tenía ademanes de príncipe. Discreto y prudente, a él acudían los pecadores en demanda de perdón, de auxilio los menesterosos, y los altos magnates de la política en busca de acertado consejo.

«En las breves horas de felicidad y contento de sus amigos, se hallaba siempre a su lado; y era el primero y el más asiduo, en los largos días de padecimientos y amarguras. Cuando llegaba de visita a una casa, desde que se le oía en la escalera o el vestíbulo, se serenaban los rostros, las frentes se desarrugaban, sonreían los labios. Y era óptimo consolador en los grandes dolores, porque las palabras y las obras no le nacían de la cabeza solamente, sino también del corazón; porque tenía delicadezas maternas; porque no restregaba la herida al aplicarle el bálsamo; porque no era de los

que creen que el único alivio a las penas consiste en la indiferencia y el olvido.

Todo amor verdadero, y la amistad entre ellos, no se revela en palabras lisonjeras y en atenciones sociales, sino en las obras. Por tal razón enseñó Jesucristo que no todo el que dice: Señor, Señor! entrará al reino de los cielos. El, a menos que el deber se lo impidiera, jamás negó cosa alguna a sus amigos, aun teniendo que hacer considerables sacrificios. Y era muy común que el beneficio estuviera hecho antes de que uno hubiera pensado en solicitarlo. Esta conducta, la inagotable mansedumbre, la amenidad del trato, la gentileza del porte, y la circunstancia de que nunca pidió nada para sí, lo hicieron dueño de la voluntad de sus amigos, hasta el punto de que sus menores deseos eran órdenes ineludibles para ellos, y semejaba que todos le hubieran hecho voto de obediencia. Qué no podrá hacer un sacerdote con tamaño influjo, puesto al servicio de un celo ardiente por la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo! (1).

Siempre grande supo serlo aún en sus conversaciones familiares, salpicadas de chistes y gracejos. Nunca dio oídos a la adulación, ni habló mal de nadie. Fue bueno, en todo el sentido de la palabra. Siempre noble, aun en su aspecto físico lo era. Cuerpo alto, fuerte; rostro grande, imponente; frente ancha; ni airado ni adusto; ni risueño en demasía ni grave en exceso. Su andar, ni lento ni acelerado. Su voz sonora, pero no robusta. Sus ademanes elegantes; la acción majestuosa; el curso de sus palabras fácil, ordenado, lento. Todo en él hablaba de la unción, de la serenidad de su espíritu.

Gran conocedor de la vida de los santos, supo imitarlos sin retirarse del mundo ni aislarse del trato de

(1) «Un verdadero amigo».— Monseñor Carrasquilla.—REVISTA DEL ROSARIO. 1922.

las gentes. Ejemplar ministro del Señor, cumplió estrictamente los deberes de su ministerio. «El verdadero espíritu sacerdotal, decía él, se conoce por la obediencia al Sumo Pontífice y a los Prelados, y por el cariño a las comunidades religiosas». Asiduo en el confesionario, nunca se negó a predicar la palabra divina, ni a prestar los últimos auxilios a los moribundos. Prodigiosamente activo, encontraba tiempo para todo, anteponiendo a las demás ocupaciones, el rezo del breviario que ni aun en sus últimos días descuidó, a pesar de su debilidad y dolencias. Sus devociones predilectas fueron las del Santísimo Sacramento y la Virgen María. A él, tan elocuente, le faltaban palabras para hablar de esos dos amores de su alma. El mayor dolor de su enfermedad, fue no poder celebrar la Santa Misa. Cuando en la hora postrera, en forma solemnísimamente, le fue llevado el último viático, con qué encendidos afectos, con qué frases tan escogidas dialogaría entonces con su Dios y Señor, ya que para los hombres había perdido el uso de la palabra!.....

De la santidad de su vida es el testimonio más elocuente la placidez de su muerte. Sin dolor ni esfuerzo se alejó su alma a recibir el premio. Sin afán ni congoja cesó de latir su corazón magnánimo. Sumido ya en la visión beatífica, se durmieron sus ojos en el sueño eterno. La dulce expresión de su semblante mostró bien a las claras cuáles fueron los ensueños de su agonía. Alternaba en ellos la señorial figura de su madre con lumbres de eterna gloria. Así mueren los justos.....

Honda tristeza sentimos al pensar que su elocuencia soberana ya no resonará ni en el púlpito ni en las tribunas académicas. Triste, sola, enlutada, está la cátedra del maestro de tantas generaciones. Quién lo reemplazará?.....

No lo sabemos. Pero casi involuntariamente repetimos con dejo de amargura y sabor de lágrimas, aquel verso de Virgilio que le oímos tantas veces, y que de él aprendimos: «*O mihi praeteritos referat si Jupiter annos!*»

Dios nos lo quitó cuando la Patria necesitaba más que nunca de su consejo acertado y de su hábil dirección. Pero nos quedan—luminoso derrotero—sus ejemplos, y el recuerdo de sus glorias, que son nuestras. Eterna será la memoria del que supo ser gran señor y gran patriota, maestro del idioma castellano, príncipe de nuestros oradores sagrados, filósofo profundo, amigo irreemplazable, sacerdote modelo.

Mucho amó el ilustre prelado a las congregaciones religiosas. Y entre todas a las de S. Ignacio de Loyola y el Beato Juan Bosco. Jesuitas y salesianos ocuparon lugar preferente en su corazón. Quiénes el primero, es difícil decirlo. A nuestra congregación la trató siempre con particular deferencia. Al entrar a su casa, una vez subida la escalera, lo primero con que tropiezan los ojos es con el retrato de D. Bosco. «Me lo regaló, decía él, mi inolvidable amigo el Padre Aime». Cuando éste murió, con pluma mojada en lágrimas le dedicó Monseñor una hermosa página. Suyas fueron siempre nuestras alegrías y nuestras penas. Con su mágico estilo en más de una ocasión ensalzó la Obra Salesiana y habló de D. Bosco y de sus glorias. En 1915, en las festividades del Centenario del Beato, terminó su célebre discurso con estas palabras: «No me otorgó Dios la gracia de llamarme al estado religioso; pero después del sacerdocio, y antes de algunos títulos que me han dado los hombres, estimo el de cooperador salesiano y el de amigo, aunque indigno, de los hijos de D. Bosco». El

se creía el *último, el indigno*. Nosotros lo llamábamos el *mejor*, el que más nos honraba con su amistad sincera. De ahí que hayamos sentido tanto su desaparición. Y no pudiendo tributarle un homenaje digno de su memoria, en estas líneas, tan pobres de mérito como ricas de afecto, hemos querido exteriorizar nuestra gratitud y cariño al que ya desde el cielo intercede por nosotros.

Algunos días antes de morir Monseñor fue el P. Bertola a visitarlo. Al reconocer al amigo se dibujó en el rostro del enfermo la más profunda alegría. «Voy a darle la bendición de María Auxiliadora», le dijo el Padre. «¡Oh! qué bueno!» respondió el varón insigne con los ojos vueltos al cielo. Luégo, con mano temblorosa y débil, intentó hacer la señal de la cruz, mas no pudo. Ya no tenía fuerzas..... Poco tiempo después, en tanto que la sociedad le tributaba en sus funerales ovación inmensa y espontánea de amor y veneración, él sin duda, en el cielo, ya hablaba con D. Bosco, y saciaba sus anhelos de belleza infinita ante su madre y reina. María Auxiliadora.

JOSÉ J. ORTEGA T., S. S.

(De la revista salesiana *Don Bosco*).

EL RETRATO DE RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Quiero rendir el tributo de mi dolor a Rafael María Carrasquilla, muerto hace pocas horas. Delante de mí tengo su retrato. El tono sepia le da un aspecto acogedor y amable, que atrae mi atención en las horas de tristeza y de fatiga: los ojos ensoñadores que miran hacia muy lejos; la frente y la cabeza de una blancura que tiene mucho de fosforescencia; en el costado, como un látigo de fuego, brilla el escudo de Calatrava, que